



Universidad de Valladolid

TRABAJO FIN DE GRADO

EL NIÑO EN LA ALEMANIA NACIONAL SOCIALISTA

ESTUDIANTE: MIRYAM SANTOS USUA

FACULTAD DE EDUCACIÓN Y TRABAJO SOCIAL

GRADO EN EDUCACIÓN INFANTIL

TUTOR ACADÉMICO: JOSÉ RAMÓN DÍEZ ESPINOSA

CURSO 2024-2025

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| 1. Justificación..... | 1 |
| 2. Alemania. La comunidad nacionasocialista..... | 3 |
| 2.1. Toma del poder (1933-1934)..... | 3 |
| 2.2. Consolidación de la dictadura (1934-1945) | 6 |
| 3. Alemania, un estado racial | 15 |
| 3.1. Políticas natalistas, la población deseable | 18 |
| 3.2. Políticas antinatalistas, la población indeseable | 21 |
| 4. Las instancias de socialización del niño nazi | 27 |
| 4.1. Familia..... | 29 |
| 4.2. Escuela y sistema educativo | 32 |
| 4.3. Organizaciones juveniles..... | 42 |
| 5. Conclusiones | 49 |
| 6. Bibliografía | 52 |

ÍNDICE DE FIGURAS

| | |
|---|----|
| Figura 1: Cartel propagandístico: el precio de un discapacitado | 8 |
| Figura 2: Periódico: <i>Die juden sind unser unglück</i> (los judíos son nuestra desgracia) | 9 |
| Figura 3: Juego de mesa <i>Sakampf</i> | 9 |
| Figura 4: Demografía diferencial..... | 16 |
| Figura 5: Cartel publicitario de la política demográfica | 18 |
| Figura 6: Escena de <i>Los hijos de Hitler</i> (1943) | 20 |
| Figura 7: Manfred Berhardt, niño excluido de la Alemania nazi | 24 |
| Figura 8: Libro infantil antisemita: <i>La seta venenosa</i> (1938) | 36 |
| Figura 9: Escena de <i>Perdona nuestras ofensas</i> (2022) | 38 |
| Figura 10: Escena de <i>El niño con el pijama de rayas</i> (2008)..... | 38 |

RESUMEN

El Nacionalsocialismo llegó al poder en Alemania en 1933, cuando Hitler es nombrado canciller del Reich. A partir de este momento, comienza un proceso cuyo finalidad es controlar a una sociedad entera, centrandose sus fuerzas en la infancia y juventud, un objetivo fácilmente manipulable. Así pues, Hitler comienza a configurar a los niños antes incluso de su nacimiento, mediante políticas natalistas y antinatalistas, mientras se encarga de marginar e incluso eliminar a aquellos individuos no aptos para su Régimen. En este sentido, la escuela, las organizaciones juveniles y, en un segundo plano, la familia, se convierten en elementos clave para la construcción de una infancia adoctrinada y alineada con los valores nazis.

PALABRAS CLAVE

Niño nazi, Alemania Nacionalsocialista, Adoctrinamiento, Educación, Juventud,
Organizaciones Juveniles

ABSTRACT

National Socialism came to power in Germany in 1933, when Hitler was appointed Chancellor of the Reich. From that moment on, a process began whose aim was to control an entire society, focusing especially on childhood and youth — a sector that was easily manipulated. Thus, Hitler began shaping children even before their birth, through pro-natalist and anti-natalist policies, while marginalizing or even eliminating those individuals deemed unfit for his regime. In this sense, the school, youth organizations and, to a lesser extent, the family became key elements in the construction of a childhood indoctrinated and aligned with Nazi values.

KEY WORDS

Nazi child, National Socialist Germany, Indoctrination, Education, Youth, Youth Organizations

INTRODUCCIÓN

Tratar el tema del niño en la Alemania Nacionalsocialista supone hablar de una infancia construida, adoctrinada e incluso robada, por parte de un Régimen político que aunó todos sus esfuerzos en crear niños que se representasen sus valores, cuyo compromiso fuese innegable. Bajo el Régimen Nacionalsocialista, la infancia dejó de ser una etapa inocente para convertirse en un instrumento más al servicio del Estado.

En primer lugar, el trabajo expone el contexto histórico y político de la Alemania nacionalsocialista explicando cómo el Partido Nazi llega al poder y, principalmente, como se consolida en una dictadura totalitaria, mediante diferentes mecanismos de control.

Posteriormente, se analiza al niño nazi, antes incluso de ser niño estudiando las políticas natalistas, que promovían la procreación de aquellas familias arias, y antinatalistas, que limitaban, e incluso eliminaban, la natalidad de aquellos que “no merecerían” nacer según los valores nazis. Así pues, solo saldrían adelante aquellos niños considerados valiosos o “interesantes” para su régimen, dejando atrás a todos aquellos que no eran considerados dignos de nacer en un país nacionalsocialista.

Este apartado de políticas antinatalistas, se relaciona directamente con uno dedicado a los niños no nazis que ya existían dentro del Régimen y aquellas políticas destinadas a su marginación y posterior exterminación.

Por último, el trabajo busca analizar las tres instancias más importantes por las que se adoctrinó la juventud en la Alemania Nazi. En primer lugar, la familia que, como todo lo privado en el Régimen, tenía una posición secundaria. Posteriormente, la escuela y sistema educativo con todas las modificaciones que el Führer consideró pertinentes para la creación

del nazi. Y para terminar, las organizaciones juveniles que ocupaban todo el tiempo libre y seguían con el objetivo que los otros dos espacios habían comenzado.

Este trabajo, por tanto, se centra en describir cómo se forjó al niño nazi, mientras terminaba con aquellos no considerados aptos. Al mismo tiempo, pretende llevar al lector al cuestionamiento de los límites de la educación, la infancia como objeto de poder y el silencio que, todavía hoy, recae sobre aquellos que no tuvieron cabida en ese proyecto.

1. JUSTIFICACIÓN

La línea temática de este TFG fue propuesta y cuidadosamente guiada por el tutor del mismo, profesor de la asignatura de “Historia de España en donde vivimos. La democracia”, que expuso el tema en el primer cuatrimestre del curso y captó mi atención. Considero que en esta materia aprendí enormemente y, dado que la Alemania nazi siempre ha sido un tema sobre el que me hubiese gustado profundizar, aproveché la oportunidad para hacerlo.

El presente trabajo pretende analizar como el Régimen Nacionalsocialista convierte al niño alemán en un niño nazi y nada más que eso, por medio de un sistema perfectamente estructurado de control y adoctrinamiento. A su vez, realiza también un estudio sobre aquellos niños alemanes no merecedores de pertenecer al Tercer Reich. Podríamos precisar dicho objetivo en los siguientes puntos:

1. Estudiar y comprender la importancia de la infancia y la juventud dentro del proyecto de adoctrinamiento nazi.
2. Analizar las políticas sociales y educativas de la Alemania Nacionalsocialista para controlar y modelar a los niños considerados nazis.
3. Visibilizar la realidad de quienes no eran merecedores de vivir en el Régimen Nazi: tanto las políticas antinatalistas que preveían la natalidad, como las de marginación y exterminación que terminaban con los ya existentes.
4. Contribuir con el conocimiento académico y educativo desde un punto de vista crítico al proyecto ideológico nazi, comprendiendo la fuerza y trascendencia de la educación en la infancia y construcción de la identidad.

Asimismo, la realización de este trabajo permite la adquisición de una serie de competencias específicas de los estudiantes del Grado Maestro en Educación Infantil, recogidas en la ORDEN ECI/3854/2007, de 27 de diciembre, que regula el Título de Maestro

en Educación Infantil. Así pues, según la Universidad de Valladolid (2022), las competencias trabajadas serían las siguientes:

A. De Formación Básica

14. “Capacidad para analizar e incorporar de forma crítica las cuestiones más relevantes de la sociedad actual que afecten a la educación familiar y escolar”.

21. “Comprender las complejas interacciones entre la educación y sus contextos, y las relaciones con otras disciplinas y profesiones”.

22. “Capacidad para conocer la evolución histórica de la familia, los diferentes tipos de familia, la historia de su vida cotidiana y la educación en el contexto familiar”.

41. “Comprender y utilizar la diversidad de perspectivas y metodologías de investigación aplicadas a la educación” (Universidad de Valladolid, 2022).

La integración de estos objetivos y competencias específicas responde a las exigencias académicas del plan de estudios de la Universidad de Valladolid, a la vez que aporta conocimientos teóricos, con posible aplicación práctica, al ámbito de la educación.

2. ALEMANIA. LA COMUNIDAD NACIONALSOCIALISTA

Para poder adentrarnos en el estudio y comprensión del niño nazi, debemos comprender antes toda la estructura que lo envuelve y da sentido a esta figura. Así pues, antes de llegar a este punto, vamos a realizar un breve análisis que nos permita situarnos en la Alemania nacionalsocialista, partiendo desde la llegada de Hitler al poder y concluyendo con su consolidación y la organización de la sociedad.

2.1. TOMA DEL PODER (1933-1934)

El ascenso de Hitler y del Partido Nacionalsocialista (NSDAP) no fue producto de golpes de Estado ni de guerras violentas. Por el contrario, la toma del poder se llevó a cabo de manera relativamente pacífica en la denominada *Revolución Legal*, mediante una serie de pasos legales que aprovecharon la debilidad del sistema democrático alemán. Es decir, no se trató de una violación de las leyes, sino del uso estratégico de las ya existentes para transformar radicalmente el sistema. Además, esta vía resultó mucho más eficaz que un golpe violento, el cual habría provocado una resistencia inmediata y un amplio rechazo. En su lugar, el régimen logró, poco a poco, ganarse la lealtad de muchos alemanes e incrementar sus apoyos.

Así fue como, el 30 de enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller por el propio presidente de la República de Weimar, Paul von Hindenburg. No se trataba de un hecho extraordinario, ya que seguía la línea de los acontecimientos recientes, y por tanto, pocos esperaban que este fuese el inicio de un cambio tan radical en el país y en el mundo. De hecho, muchos valoraban este nuevo gobierno en términos de continuidad.

En un principio, los nazis no obtuvieron la mayoría absoluta en las elecciones del 5 de marzo de 1933, por lo que formaron un gobierno de coalición con otro partido de la derecha

alemana. Poco a poco, comenzaron a transformar el Estado desde dentro, a través de un triple proceso de destrucción que culminaría con la conversión de Alemania en una dictadura totalitaria, sin necesidad de derrocar la democracia de manera directa.

El primero de los objetivos de la Revolución Legal fue la destrucción de la democracia parlamentaria a través de la propia vía constitucional. De esta forma, Hitler buscaba acabar con el sistema de gobierno basado en el Parlamento, los partidos políticos, el debate y las elecciones libres. Para lograrlo, recurrió a los poderes que la constitución de Weimar le confiere al presidente y estableció dos nuevos decretos “para la protección del pueblo alemán”.

El primero de ellos, fechado el 4 de febrero de 1933, limitaba de forma escandalosa la libertad de prensa y de reunión. El segundo, decretado de urgencia el 28 de ese mismo mes bajo el pretexto del incendio del Reichstag ocurrido la noche anterior, agravó aún más la situación suspendiendo los derechos fundamentales y acabando con la libertad de opinión, entre otras libertades esenciales.

Pero “la pretensión de Hitler no es otra que obtener del propio Reichstag la autorización necesaria para liberar la acción del ejecutivo control parlamentario” (Díez Espinosa, 2002, p.74). Para ello, persigue y elimina a ciertos partidos, entre ellos el comunista, hasta conseguir su deseada mayoría absoluta en el Parlamento.

Así pues, el verdadero punto de inflexión llegó con la Ley de Plenos Poderes (Ermächtigungsgesetz), aprobada el 23 de marzo. Esta ley, sancionada bajo una fuerte presión, otorgaba al gobierno —en principio por un período de cuatro años— la capacidad de crear nuevas leyes, incluida la Constitución, sin necesidad de colaboración del Parlamento. Es decir, el Parlamento, como órgano legislativo y de control, quedó completamente

desprovisto de poder y, por tanto, de sentido. A partir de entonces, el gobierno quedó totalmente bajo el control de los nazis, sin oposición alguna.

Por otro lado, el segundo de sus objetivos era la eliminación de los gobiernos constitucionales y parlamentarios en los Länder y las autonomías locales. Es decir, se trataba de centralizar el poder en el gobierno de Berlín, con Hitler al mando, de modo que este controlara completamente a los Estados federales, eliminando por completo su autonomía.

Para ello, en primer lugar, se llevó a cabo el nombramiento de los denominados comisarios del Reich, cuya finalidad era promover el orden público en aquellos Länder considerados más problemáticos. Posteriormente, el 31 de marzo de 1933, se aprobó la Ley Provisional para la Coordinación de los Estados con el Reich, que disolvía los parlamentos regionales y los reestructuraba en función de una mayoría nacionalsocialista.

Más adelante, el 7 de abril, se sancionó la Ley para la Restauración del Funcionariado Profesional, cuyo objetivo principal era eliminar a todos los judíos y opositores presentes en la administración. No obstante, esta ley permitió también una purga más amplia en los gobiernos regionales.

Finalmente, el 30 de enero de 1934, mediante la Ley para la Reconstrucción del Reich (Gesetz über den Neuaufbau des Reichs), se abolieron de manera definitiva los gobiernos de los Estados federados y, por tanto, el poder quedó totalmente centralizado en el gobierno del Reich en Berlín.

Así pues, el nacionalsocialismo había alcanzado su segundo objetivo: Alemania había dejado de ser una federación para pasar a estar bajo el control directo de un gobierno central. Poco a poco, se iba imponiendo esa estructura jerárquica y uniforme, dominada por los nazis, que acabaría caracterizando a la Alemania de la época.

El tercer objetivo del nacionalsocialismo, por otra parte, fue la eliminación de la libertad y del pluralismo de intereses propios. Para ello, reemplaza las asociaciones existentes por organizaciones monopolísticas estatales: el NSDAP como partido único en el ámbito político, el Frente Alemán del Trabajo en el económico y la Cámara de Cultura del Reich en el cultural.

De esta manera, el régimen nazi logró su tercer objetivo: el sistema judicial dejó de ser independiente y la ley ya no protegía a las personas, sino a los ideales del régimen, persiguiendo a todo aquel considerado desertor o indeseable. La justicia fue eliminada y sustituida por la voluntad de Hitler, que se convirtió en el principio sobre el que se fundamentaba el derecho. Su palabra bastaba para dictar la legalidad.

2.2. CONSOLIDACIÓN DE LA DICTADURA (1934-1945)

La consolidación del poder no fue un proceso inmediato y aunque Hitler había llegado al poder por la vía legal, mantener ese poder y convertir a Alemania en una dictadura fiel a su Führer iba a ser un proceso más complejo.

Este proceso solo fue posible gracias a la combinación entre fuertes herramientas de represión y eliminación de cualquier oposición y, a la vez, de consenso y adhesión social. De este modo, se abrió un duelo entre un Estado invasivo y el ciudadano común, una lucha que ya no se daba solo en el terreno político, sino que llegaba hasta la vida más íntima de cada persona.

“El Estado exige a este particular, bajo terribles amenazas, que renuncie a sus amigos, que abandone a sus novias, que deje a su lado sus convicciones y acepte otras preestablecidas, que salude de forma distinta a la que está acostumbrado, que coma y beba de forma distinta a la que le gusta, que dedique su tiempo libre a ocupaciones que detesta, que ponga a su

persona a disposición de aventuras que rechaza, que niegue su pasado y su propio yo y, en especial, que al hacer todo ello, muestre continuamente un entusiasmo y agradecimiento máximos” (Haffner, 2001, citado en Díez Espinosa, 2002, p.84).

Esta cita refleja a la perfección la esencia de esa transformación que vivió Alemania a partir de 1933: una imposición total sobre la vida pública y privada del individuo. A partir de aquí, analizaremos cómo el régimen nazi logró consolidarse a través de distintos mecanismos que afectaron de lleno a la sociedad: el control de la sociedad por el partido nazi, la propaganda como instrumento de control, el sistema vigilante, la nueva cultura alemana, la socialización de los jóvenes, la política racial, la recuperación económica y la revisión del Tratado de Versalles.

*** Control de la sociedad por el partido nazi**

Como ya se ha comentado, cuando Hitler llega al poder establece un partido único, construido según los principios que sustentan el régimen. En muy poco tiempo, este partido se convierte en una organización de masas, incrementando su número de afiliados de forma vertiginosa y dejando claro el grado de control y poder alcanzado. Tal y como explica José Ramón Díez Espinosa en su artículo El laberinto alemán. Democracias y dictaduras, “en 1935 el partido recoge a 2,5 millones de personas. Este número aumenta a 5 millones en 1938, 7,1 millones en 1942 y 7,6 millones en 1943” (Díez Espinosa, 2002, p. 85).

El NSDAP se organiza en torno al Führerprinzip, según el cual Hitler tenía autoridad absoluta y su voluntad estaba por encima de cualquier norma o institución. Bajo esta estructura administrativa jerarquizada y centralizada, el Führer controlaba todos los niveles del Estado. El Partido se convierte así en la gran organización de masas del régimen. Los ciudadanos ya no se debían al Estado, sino al líder, y estaban obligados a obedecerle sin cuestionamiento alguno.

En este contexto, llega un momento en que todo ciudadano alemán forma parte, voluntaria o involuntariamente, de alguna organización vinculada al partido. La vigilancia y el control no se limitan a lo político, sino que alcanzan todos los ámbitos de la vida cotidiana, incluido el tiempo libre. Desde los más pequeños con asociaciones como las Juventudes Hitlerianas (Hitlerjugend, hasta los adultos de cualquier profesión, cada sector tiene su organización. Por ejemplo: el NS Lehrerbund para los maestros o el Reichbund der Deutschen Beamten para los funcionarios, entre muchos otros.

* Propaganda como instrumento de control

Esta omnipresencia de la que hablábamos guarda una relación muy estrecha con la importancia que tuvo la propaganda como instrumento de control, tanto público como privado, en el régimen de Hitler. Tal es así, que en cuanto llegó al poder inauguró un nuevo Ministerio de Ilustración Pública y Propaganda que impulsaría todo lo que comentaremos a continuación.

La gran utilidad que los nazis sacan a la propaganda viene del objetivo que esta tenía. Por un lado, la validación y refuerzo constante al régimen con un ensalzamiento a sus ideas y prácticas. Siguiendo esta línea, se conseguía que el pueblo alemán no solo tolerase o aceptase el nacionalsocialismo, sino que, además, llegase a alabarlo y a convertirse en fervientes adeptos. De esta forma conseguían la última de sus finalidades, aprobación absoluta de las decisiones del Führer.



Figura 1
Cartel propagandístico: el precio de un discapacitado

Ahora bien, para alcanzar sus objetivos, seguían una serie de estrategias que les permitían mantener el control sobre la población. El aspecto fundamental era el control absoluto de los



Figura 2

Periódico: *Die juden sind unser unglück*
(los judíos son nuestra desgracia)

medios de comunicación de masas (carteles, obras cinematográficas, canciones, periódicos, radio...), lo que se complementaba con la restricción de la información, limitándola a aquella que respaldaba los principios del régimen. Todo esto se llevaba a cabo por medio de distintos soportes.

La labor propagandística llegó aún más lejos comercializando una serie de juguetes vendidos bajo el lema “diversión para la familia” que propagaban los principios del régimen, entre los que destacaba el arraigado racismo. André Postert, historiador

que estudió los juguetes vendidos en la Alemania nacionalsocialista, asegura que existían muchos juegos con símbolos nazis para niños.

Además de los medios de comunicación, se valían de la manipulación cultural, utilizando eventos como fiestas e incluso el famoso saludo hitleriano, lo que les permitió lograr la socialización de la población.

De este modo, la propaganda nazi no solo dominó los medios de comunicación, sino que también se infiltró en la vida cotidiana, la educación y la cultura. Su omnipresencia aseguró la aceptación del régimen y consolidó el control sobre la población.



Figura 3

Juego de mesa *Sakampf*, cuyo objetivo era destruir la democracia alemana.

*** Un sistema vigilante**

Otro factor clave para la permanencia del régimen nacionalsocialista en el poder fue el brutal sometimiento de sus enemigos. Por un lado, bajo una serie de modificaciones, el sistema judicial alemán había sido absorbido por el régimen, negándole cualquier tipo de independencia y convirtiéndolo en un instrumento de control y represión a su servicio, cuya justicia era solo aquella que el Führer o sus dirigentes consideraban como apta bajo los principios nazis.

Para que este nuevo sistema judicial operara con eficacia, se apoyaba en la policía política, reforzando así la ya mencionada represión que vigilaba de cerca cualquier acto considerado delito. El 26 de abril de 1933 se creó la Gestapo (Policía Secreta del Estado), encargada de castigar a quienes no demostraran lealtad absoluta al régimen, incluso basándose en meras acusaciones o sospechas infundadas: su verdadera fuerza residía en la capacidad de actuar de forma preventiva.

Sin embargo, el aspecto que fue realmente crucial y que puso a funcionar este sistema vigilante fue la misma sociedad: “La Comunidad Nacionalsocialista del Tercer Reich se transforma en una sociedad que se observa y vigila a sí misma” (Díez Espinosa, 2007, p. 16). Así pues, siguiendo la práctica de delación, miles de alemanes adeptos al régimen, acusaron y acabaron con las vidas de amigos, vecinos e incluso miembros de la propia familia. Asimismo, otra gran parte de la población decidió mirar a otro lado, convirtiéndose en una sociedad de espectadores y permitiendo actuar libremente al nacionalsocialismo.

*** La nueva cultura alemana**

El régimen nacionalsocialista necesitaba que su propia cultura inundase las calles con el objetivo de ganar adeptos y conseguir esa adhesión que comentábamos antes. Para ello, el

Partido crea la Cámara de Cultura del Reich, que se encargará de transformar a Alemania y convertirla en lo que el Führer desea que sea.

En primer lugar, para acabar con la innovadora cultura del Weimar y dejar paso a la suya propia, llevan a cabo una campaña contra “la porquería y la basura” que criminaliza academias, autores, libros... Uno de los episodios más representativos de esta campaña fue el 10 de mayo de 1933 con la quema de libros.

Una vez eliminada la cultura de Weimar, el régimen debía construir una nueva cultura nacionalsocialista que se adecuase a los valores y principios del régimen. Así pues, se glorificaba la pureza racial, el sacrificio y el heroísmo, exaltando los valores de “sangre y suelo” e imponiéndose sobre una sociedad entera.

En el ámbito de las expresiones culturales, comenzaron a promoverse autores y obras que fomentasen los ideales del régimen, como las óperas de Wagner y la música folclórica alemana en el terreno musical; obras patrióticas y épicas que glorificaban el nazismo en el teatro; construcciones que reflejaban la grandeza del Reich en el ámbito arquitectónico; y el control absoluto de la literatura ejercido por la Liga de Escritores Alemanes.

Todo esto iba de la mano de desfiles y concentraciones masivas donde participaban miles de personas en alabanza de Hitler. Además, eventos como los Juegos Olímpicos de Berlín contribuyeron a construir la imagen internacional que el régimen buscaba, reforzando el sentido de pertenencia a la Alemania nacionalsocialista.

*** Socialización de los jóvenes**

La socialización de la población en general era importante, pero centrarse en los jóvenes era un arma mucho más valiosa y fácil. Y así se procedió, tal y como se explicará de forma más detallada posteriormente, la juventud alemana fue el principal objetivo de socialización

del Tercer Reich, tanto dentro como fuera de las aulas, mediante una reforma integral del sistema educativo y de las organizaciones juveniles, que fue diseñado cuidadosamente para cubrir todos los aspectos que el régimen necesitaba.

*** Política racial**

El principio racial fue el eje central de la ideología nazi y articuló toda su política. No solo cohesionó a la sociedad alemana, sino que también proporcionó un enemigo común que justificaba la represión y legitimaba el régimen. Más adelante se abordará cómo esta idea se tradujo en medidas concretas, que se explicarán de forma detallada y concisa.

*** Recuperación económica**

Como ya hemos comentado, uno de los factores que llevaron a Hitler al poder, fue la crítica situación económica de Alemania, que pedía a gritos un cambio radical. Una vez en el mando, la mejora era obligatoria y debía ser inmediata. Por ello, uno de los grandes logros del régimen fue acabar con el paro, algo clave para ganarse a la clase trabajadora. Hubo una “espectacular disminución del número de desempleados (5.6 millones en 1932, 4.8 en 1933, 2.2 en 1935, 1.6 en 1936 y 0.4 en 1938)” (Díez Espinosa, 2002, p. 106).

Para conseguirlo, puso en marcha varias medidas: se incentivó que las mujeres dejaran sus empleos, se implantó el Servicio Militar Obligatorio y se organizó el Servicio de Trabajo para jóvenes. A todo esto se le sumaron enormes programas de obras públicas y rearme, que no solo generaban empleo, sino que ayudaban a cumplir uno de los objetivos del régimen: que Alemania se bastara a sí misma, sin depender del exterior.

El control del trabajo pasó a manos del Frente Alemán del Trabajo, que reemplazó a los sindicatos y eliminó cualquier forma de negociación colectiva. Ya no había derecho a huelga ni convenios. Se reforzó el poder del empresario y se impuso una disciplina laboral férrea:

jornadas más largas, sueldos que no subían al ritmo de la economía y una cartilla de trabajo que servía como instrumento de vigilancia.

Pero el control no acababa al salir del trabajo. A través del programa Kraft durch Freude (“A la fuerza por la alegría”), el régimen también organizaba el tiempo libre. Ofrecía desde conciertos, teatro y deporte hasta vacaciones organizadas, todo con un fuerte componente ideológico. Incluso se prometió el coche KdF, el futuro Volkswagen, aunque nunca llegó a entregarse a la población.

Estas políticas fueron primordiales puesto que mejoraron la imagen del Tercer Reich, tanto dentro como fuera del mismo. Al mismo tiempo, reforzaron la idea de pertenencia al Estado nazi, consolidando aún más el control del régimen sobre la sociedad: a cambio de perder derechos y libertad, muchos trabajadores sintieron que su vida mejoraba respecto al caos de años anteriores. Y eso, para el régimen, era suficiente.

*** Revisión del tratado de versalles**

El Tratado de Versalles de 1919 dictaminó duras condiciones para Alemania entre las que destacaban la responsabilidad de la primera guerra mundial, el pago de reparaciones económicas, la pérdida de territorios o importantes limitaciones militares. El gran resentimiento generado en la población alemana, generó un gran recibimiento de la revisión del tratado.

Esta revisión se concreta mediante el abandono por parte de Alemania de la Sociedad de Naciones y la Conferencia de Desarme o la reincorporación del Sarre. Además, en un desafío directo al tratado, y tal y como hemos comentado, Hitler instauró de nuevo el servicio militar obligatorio con la finalidad de restaurar su ejército. Dando un paso más, el régimen del Tercer Reich comienza la expansión territorial anexionando territorios como Austria en 1938,

Checoslovaquia en 1939 y, poco después, Polonia, provocando así el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, cada anexión y cada pequeño éxito diplomático se celebraban como grandes victorias entre un pueblo alemán que parecía haber recuperado el orgullo nacional. Además, y uniéndolo con el apartado anterior, el rearme militar para la guerra fue uno de los pilares fundamentales para su recuperación económica; otro factor que sumó adeptos al régimen.

3. ALEMANIA, UN ESTADO RACIAL

“De aquí en adelante, todos los niños que nazcan en Alemania traerán la cruz gamada en el ombligo”, afirmaba Chaves Nogales en *La conquista de la juventud* (1933, p. 65). Hitler no tuvo otra opción que la de convertir a todos los adultos alemanes al nacionalsocialismo o, en su defecto, aniquilarlos. Sin embargo, todo aquel niño que naciese desde su toma de poder en adelante, lo haría ya bajo su dominio, lo haría siendo nazi. Aunque, claro está, para que esto ocurriese, el Führer debió llevar a cabo un arduo trabajo previo.

En la Alemania nacionalsocialista, el niño era nazi antes que niño y para entender esta figura, es necesario partir de la base sobre la que se sostiene todo el proyecto del Tercer Reich: la política racial. No se trata de un elemento más dentro del sistema ideológico, sino del eje central que articula cada decisión, cada reforma y cada medida implantada por el régimen. Esta lógica racial no nace con el ascenso de Hitler, sino que se encuentra ya presente en los discursos previos a su llegada al poder y será la que marque el rumbo del futuro alemán.

Esta ideología no solo aporta cohesión social a la sociedad alemana, sino que también establece un enemigo común, un “peligro real” contra el que luchar, que, de alguna manera, otorga sentido al discurso oficial.

Bajo esta lógica, se empieza a hablar de “degeneración racial” para referirse a todo aquello que supuestamente contamina la pureza del pueblo alemán. No es solo un discurso: se traduce en leyes, medidas y propaganda. El judío no solo es diferente, es una amenaza directa para el futuro de Alemania. Esta forma de ver el mundo justifica la exclusión, la violencia y, finalmente, el exterminio.

Así pues, Alemania se enfrentaba, según la visión nazi, a un problema de demografía diferencial. Tal y como nos muestra la figura de la derecha, Alemania tenía un “gran problema”, en el cual los diferentes estratos de la población se comportaban de manera desigual. Concretamente, la situación venía dada por la escasa reproducción de las familias de alto valor frente a la alta tasa de natalidad de aquellas catalogadas como inferiores.

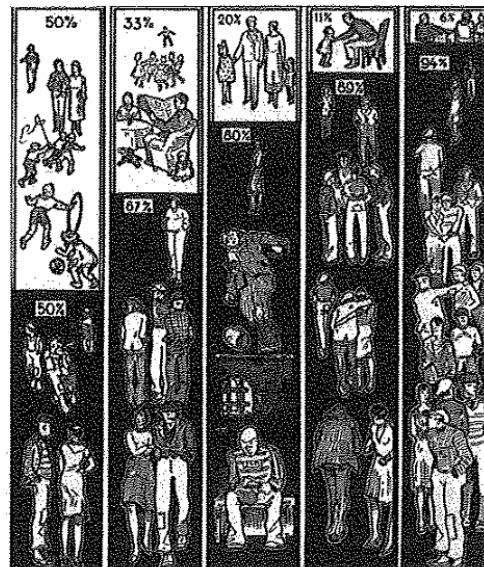


Figura 4

Demografía diferencial

Aunque al principio ambos grupos representaban el 50% de la población, la diferencia en la cantidad de hijos por pareja, dos en el primer caso, cuatro en el segundo, terminaría teniendo un impacto muy serio en el pueblo alemán. Con solo una generación de diferencia, los considerados valiosos pasarían a ser el 33% y los no deseados el 67%. En la siguiente generación, las cifras se volverían aún más desiguales: 20% frente al 80%. En la tercera, 11% contra 89%. Y, ya en la cuarta generación, las familias de alto valor representarían apenas un 6%, mientras que los catalogados como inferiores alcanzarían el 94% del total.

El régimen entendía que este desequilibrio solo podía corregirse con la intervención directa del Estado. Así lo había anticipado ya Hitler en *Mein Kampf*, cuando afirmaba:

“Debe conceder a la raza el principal papel en la vida general de la nación, debe velar porque se conserve pura, debe aclarar que los niños constituyen el patrimonio más precioso de la nación, debe procurar que solo engendren hijos los individuos sanos..., declarará impropio para la reproducción a todo aquel que se halle evidentemente enfermo o sufra incapacidad hereditaria, velará porque la fertilidad de una mujer sana no tropiece con el

obstáculo de la condenable economía de un régimen que transforma la bendición de los hijos en un azote para sus padres [...] el Estado pondrá al servicio de estas realidades incuestionables todos los conocimientos médicos modernos” (Hitler, 1925/2006, citado en Díez Espinosa, 2009, p. 20).

Antes de aplicar cualquier medida, el régimen tenía que dejar claro quién debía dar vida a esos nuevos niños alemanes. Para empezar, el gran deterioro económico de la república de Weimar comenzó a transformar la idea de las tres K, “*Kinder, Kirche, Küche*” (“niños, iglesia, cocina”), en una atractiva opción. Esta idea se vio reforzada por Hitler, quien aseguraba que en el Tercer Reich toda mujer encontraría marido.

Poco a poco, comenzó a desterrar a las mujeres de la vida política y laboral mediante un discurso de amor hacia ellas que definía su emancipación como un síntoma de decadencia. “El hecho de que hayamos apartado a las mujeres de la vida pública se debe únicamente a nuestra voluntad de devolverles su dignidad esencial”, decía Goebbels, según recoge Grunberger (2016, p. 269), en un intento de presentar la degradación de la mujer como el proceso contrario.

Así pues, promoviendo la idea de que la mujer tenía su propio campo de batalla, fue tomando forma la imagen que tenemos actualmente sobre la mujer en la Alemania nazi, donde su principal labor era la maternidad, que se había convertido en el punto álgido de su vida. “Algunas permanecieron en una feliz inconsciencia... Muchas otras consideraron que, a la hora del balance, la seguridad económica y el culto a la maternidad compensaban sobradamente la discriminación sexual y la muerte política”. (Grunberger, 2016, p. 282)

Sin embargo, reducir la política de género nazi a la exaltación de la madre no es suficiente. Como todo en el régimen, esta construcción también estaba atravesada por la lógica racial. La maternidad no se promovía para todas, sino solo para las mujeres consideradas válidas. A

unas se las premiaba, a otras se las esterilizaba. Todo dependía de su lugar dentro del Estado racial.

Así pues, para poder invertir la tendencia demográfica del país, Hitler implementa dos programas de “ingeniería racial”. Por un lado, una serie de programas pronatalistas que motivasen la reproducción de los alemanes valiosos. Por otro, las políticas antinatalistas que buscaban acabar con la descendencia de toda aquella mujer que estuviese fuera de la Comunidad. Así pues, a continuación se hará un breve análisis de las principales medidas llevadas a cabo en cada uno de los ejes de actuación.

3.1. POLÍTICAS NATALISTAS, LA POBLACIÓN DESEABLE



Figura 5
Cartel publicitario de la política demográfica

Los programas natalistas estaban exclusivamente dirigidos a aquellas mujeres consideradas auténticamente alemanas, siempre bajo un enfoque racial. Su propósito era colocar la maternidad en el centro del discurso, presentándola como la tarea más valiosa que una mujer podía desempeñar para garantizar la continuidad de la raza y servir al Estado.

Entre las acciones impulsadas, se aplicaron varias medidas de carácter represivo: se lanzó una campaña contra la prostitución, se criminalizó el aborto y se sancionó a los matrimonios que, tras cinco años, no hubieran tenido hijos.

Sin embargo, la iniciativa que realmente marcó un punto de inflexión fueron los préstamos matrimoniales, propuestos por el Estado. A través de ellos, se incentivaba a las mujeres arias a dejar sus empleos, ofreciéndoles a cambio una compensación económica equivalente a un

año de salario. Esta deuda iba saldándose progresivamente con cada hijo nacido, concretamente un 25% menos por cada uno. En 1935, dos años después de su implementación, ya se habían solicitado 378.000 préstamos y para 1940, esa cifra había aumentado hasta alcanzar 1.700.000.

Estos préstamos ofrecían una doble ventaja para el régimen: fomentaban la maternidad y, al mismo tiempo, al liberar puestos de trabajo ocupados por mujeres, permitían que hombres en edad laboral los tomaran, lo cual ayudaba a estabilizar la economía y a resolver algunos de los problemas estructurales del país.

Además, el Estado propuso también que, una vez alcanzado el cuarto hijo, saldando completamente el préstamo, se ofrecerían ayudas económicas mensuales a partir del quinto, junto con reducciones fiscales, lo que facilitaba aún más el acceso a la maternidad para las mujeres alemanas.

Junto a los incentivos económicos, también se introdujeron reconocimientos honoríficos, esta vez por parte del Partido Nacionalsocialista. Un ejemplo claro fue la creación de la Liga de Familias Numerosas, donde se otorgaba la medalla de honor a la madre alemana prolífica, destinada a aquellas con más de cuatro hijos. Estas mujeres eran premiadas con los mismos honores y beneficios que los soldados.

No obstante, esta política de fomento a la natalidad no se limitaba al modelo clásico de madre de familia con esposo y hogar ideal. Estaba pensada para la mujer aria en general, lo que supuso una transformación en la manera en que se concebía su papel en la sociedad. El criterio racial se volvió el principal filtro, dando lugar a medidas que, por su contexto y momento histórico, pueden resultar sorprendentes.

Por ejemplo, se puso en marcha el programa social *Hilfswerk Mutter und Kind*, destinado a mujeres arias de bajos recursos: madres de familia numerosa, embarazadas, viudas, divorciadas o solteras. También se creó el proyecto *Lebensborn* (manantial de vida), una red de centros donde mujeres solteras y arias podían quedar embarazadas, normalmente con hombres de la élite racial, con el objetivo de contribuir al futuro del país. Como recuerda José Ramón Díez Espinosa en su artículo *Madre. Mujeres alemanas... ¿madres alemanas?*, en la Liga de Jóvenes Alemanas se afirmaba: “aunque no todas las jóvenes alemanas puedan esperar encontrar un marido, todas vosotras sí podéis ser madres”. (Díez Espinosa, 2009, p. 21).

Esta medida se ve claramente representada en el libro de Gregor Ziemer *Educación para la muerte*, llevado a la gran pantalla en 1943 gracias a la película dirigida por Edward Dmytryk e Irving Reis, *Los hijos de Hitler*. Concretamente, en la escena que aparece a



Figura 6

Escena de *Los hijos de Hitler* (1943)

nuestra derecha, un fotograma extraído de dicha película, un profesor estadounidense visita uno de estos “manantiales de vida” y se produce el siguiente diálogo:

— “Magda, ¿preferiría tener un marido y un hogar en lugar del hijo que va a nacer?”

— “¿Pero por qué? Quiero tener un hijo para el Estado y para el Führer. Considero que eso es mucho más noble que tener un hogar y un marido.”

— “¿No tiene miedo?”

— “¿Miedo? ¿Sabe usted lo que espero? Espero sufrir mucho en el momento en que nazca mi hijo, y ese sufrimiento será por algo grande, por el Führer.”

En definitiva, la política pronatalista nazi no solo buscaba que nacieran más niños, sino que esos niños respondieran a un ideal racial específico. Para lograrlo, se impulsaron las medidas comentadas empujando a las mujeres arias hacia la maternidad como deber principal. Estas estrategias no solo afectaron a las madres dentro del modelo familiar tradicional, sino que incluyeron a todas las mujeres consideradas racialmente válidas, reforzando así la idea de que ser mujer, en la Alemania nazi, era sinónimo de ser madre.

Estas políticas consiguieron el objetivo por el cual habían nacido y aumentaron considerablemente las cifras de natalidad en el país:

“La gran cantidad de nacimientos constituyó un voto de confianza “biológico” en favor del régimen. Ya durante su segundo año, el índice de nacimientos subió más de una quinta parte, a 18 por 1000; con 20,4 (o sea 1.413.000 nacimientos de niños vivos) en 1939, sobrepasaba, tanto relativa como absolutamente, el promedio de los años veinte” (Grunberger, 2016, p. 251).

3.2. POLÍTICAS ANTINATALISTAS, LA POBLACIÓN INDESEABLE

La política antinatalista, en cambio, se centraba en aquellas personas que el régimen no quería que tuviesen hijos. Para los nazis, ciertos grupos simplemente no debían reproducirse, y por eso empezaron a aplicar medidas que limitaran esa posibilidad. De hecho, esta política fue uno de los primeros pasos hacia lo que más tarde acabaría siendo la masacre de los judíos.

La primera medida comenzó en junio de 1933 con la aprobación de una ley eugenésica que permitía esterilizar a quienes se consideraban "indeseables". Para aplicar esta ley, se creó una red de tribunales de salud genética, unos 1.700 repartidos por todo el país, que decidían si alguien debía ser esterilizado por tener algún tipo de problema, ya fuese físico o mental. En

tan solo diez años, más de 400.000 personas en Alemania fueron esterilizadas debido a la aprobación de esta ley.

Después de esto, las restricciones siguieron aumentando poco a poco. Se prohibió que alemanes considerados “aptos” tuvieran hijos con personas “no deseables”, y más tarde también se prohibieron las relaciones entre personas esterilizadas y no esterilizadas. Todo esto fue preparando el terreno para lo que ocurriría en 1939, cuando se dio paso a la llamada "eutanasia" de aquellas vidas que se consideraban sin valor: personas enfermas, con discapacidades o que simplemente no encajaban en el ideal nazi.

En conclusión, podríamos decir que, debido a las políticas pronatalistas y antinatalistas llevadas a cabo en la Alemania nazi, la cuestión referente a la infancia se planteaba incluso antes de que los niños fuesen concebidos. Tanto es así que, mediante estos programas, el Tercer Reich logró que solo salieran adelante aquellos niños considerados valiosos o “interesantes” para su régimen, dejando atrás a todos aquellos que no eran considerados dignos de nacer en un país nacionalsocialista.

Sin embargo, en Alemania ya vivían personas que no podían ser consideradas arias según el principio racial que impregnaba la sociedad. No solo se desarrollaron programas para impedir el nacimiento de quienes eran considerados una amenaza para la pureza del pueblo, sino que también se aplicaron políticas orientadas a controlar a aquellos que ya formaban parte del tejido social, pero cuya existencia era vista como incompatible con el ideal nacionalsocialista.

Así pues, las personas discapacitadas no eran más que una carga innecesaria para la sociedad nazi, un riesgo para el mantenimiento de la pureza racial. Los nazis no solo exterminaron judíos, también acabaron con vidas alemanas que, desde su punto de vista, no

merecían ser vividas. Los altos mandos dictaron, los médicos ejecutaron y las familias aceptaron y callaron.

Tal y como menciona Götz Aly (2014) en *Los que sobraban. Historia de la eutanasia social en la Alemania Nazi 1939-1945*, en la primavera de 1938 ya se había creado una comisión llamada Comité del Reich para el Registro Científico de Enfermedades Genéticas y Constitucionales Graves, encargada de tramitar peticiones de excepción a la ley del aborto e incluso “solicitudes de eutanasia activa” (Aly, 2014, p. 106)

Pero fue entre 1938 y 1939 cuando Hitler recibió una carta, casual en un principio, que acabó teniendo un efecto devastador. En ella, el padre de un niño discapacitado solicitaba permiso para acabar con la vida de su hijo. El Führer lo autorizó, convirtiendo esta carta en el detonante que comenzaría con la “eutanasia” de miles de personas discapacitadas. Entre ellas, niños.

Así pues, se creó una especie de programa secreto para la selección y eliminación de recién nacidos discapacitados que, poco a poco, se fue ampliando también a niños más mayores. Para dictaminar la inyección letal, existía un impreso que debía ser rellenado por tres médicos que, si opinaban que el bebé debía ser eliminado, lo indicaban con una cruz. Tres cruces significaban la eutanasia. Aunque lo cierto es que, con el tiempo, esos impresos dejaron de rellenarse y los niños comenzaron a ser seleccionados directamente por el personal trabajador.

En Hamburgo, por ejemplo, se crearon dos unidades con este objetivo: Langenhorn y Rothenburgsort. Según Aly (2014), “está judicialmente demostrada la muerte violenta de al menos 56 niños en Rothenburgsort y doce en Langenhorn” (p. 136). Además, estos centros se encargaban de “averiguar de forma indirecta si los padres asumían, rechazaban rotundamente o, incluso, deseaban la muerte de sus hijos”, con el fin de saber cómo proceder (p. 136).

Como recoge también José Ramón Díez Espinosa en *La Comunidad Nacionalista, Escuela*



Figura 7

Manfred Berhardt, niño excluido de la Alemania nazi

de Pequeños Héroes, en un caso concreto, “Manfred Berhardt es uno de los cinco mil niños discapacitados que fueron víctimas de los programas de eliminación de vida sin valor” (Díez Espinosa, 2011, pp. 25–26).

Este niño, que vemos con su hermana en la figura de la izquierda, fue llevado a uno de los hogares de acogida del Estado para niños inválidos y discapacitados.

Manfred muere de sarampión esa semana, al igual que otros diez niños. Manfred fue asesinado por no tener sitio en el perfecto estado nazi.

Pero esto, que atenta directamente contra las personas discapacitadas, contra los niños no nazis, no comienza en 1939 con la eutanasia. Este es el paso final de un camino con pasos muy claros que fueron abriendo paso para este último gran cambio.

En primer lugar, y tal y como habíamos comentado ya, la política antinatalista fue algo que también afectó a estas personas, que fueron esterilizadas en grandes grupos para asegurar la continuidad de la pureza racial en la Alemania nazi.

Otro claro ejemplo de las medidas discriminatorias que sufrieron estas personas lo hemos visto también con anterioridad: la escuela nazi. Esta institución se aseguró de transmitir el claro mensaje de lo costoso que era mantener a este tipo de personas por medio de numerosos problemas matemáticos con enrevesados enunciados. Aparte de los ya comentados, podemos añadir el siguiente ejemplo para ilustrar la explicación:

“Un perturbado cuesta diariamente 4 marcos, un inválido 5,5 marcos, un criminal 3,5 marcos. En muchos casos, un funcionario no cobra diariamente más que 4 marcos, un empleado 3,5 marcos, un aprendiz 2 marcos.

Realiza una gráfica con estas cantidades.

Según prudentes estimaciones, hay en Alemania cerca de 300.000 perturbados y epilépticos. ¿Cuántos préstamos de 1.000 marcos podrían efectuarse a jóvenes matrimonios si se reservara este dinero?”

No es de extrañar, entonces, que los niños se hicieran preguntas como las que vemos en el siguiente diálogo de *Perdona nuestras ofensas*, de Schweizer:

- “¿Qué hacemos si cuesta tanto cuidar a estas personas?”, pregunta un niño.
- “Los matas”, responde su compañero.

Tanto es así, que existía miedo incluso por que los hijos enfermasen. Esto lo podemos ver en *Education for Death: The Making of the Nazi*, el cortometraje de Walt Disney. En él, Hans, el protagonista, cae enfermo, mientras su madre reza por su mejora. “Ella sabe que no apto será arrebatado por el Estado y nunca más volverá a saber de él”. Además, podemos ver cómo un funcionario del Estado aparece en la casa de Hans para prohibir a la madre su cuidado: “El funcionario le recuerda que debe dejar de mimarlo o el Partido deberá intervenir y tomar posesión de él”.

En resumen, el niño no nazi, discapacitado o enfermo, no tenía lugar en la Alemania nazi. No fue solo la eutanasia de 1939 lo que acabó con ellos, sino un proceso largo y premeditado que los fue borrando poco a poco: primero con la esterilización, después con la discriminación en la escuela, más tarde con el miedo en sus propias casas, y finalmente con su eliminación. Se les convirtió en un gasto, en un problema que debía resolverse. Se les quitó la voz, el derecho a ser cuidados, y hasta el derecho a vivir. Y lo peor de todo es que muchos niños crecieron escuchando que eso era lo que debía hacerse.

Todo lo anterior no fue casual. Fue un proceso lento, medido, pensado para eliminar todo lo que no encajaba en el modelo de perfección nazi. Primero se les negó la posibilidad de nacer, luego de estudiar, después de ser cuidados, y finalmente, de vivir. Se les convirtió en un problema, en una carga, en algo de lo que había que deshacerse. Como dice Schweizer (2022), esto no solo acabó con miles de vidas, sino que sirvió como base para lo que vendría después:

“En 1939 Hitler implementó Aktion T4, que llevó al asesinato de 300.000 discapacitados y la esterilización de 400.000. Esto desarrolló la tecnología de la cámara de gas de los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial. La historia de estos discapacitados ha sido olvidada. Muchas de las víctimas fueron niños” (Schweizer, 2022).

4. LAS INSTANCIAS DE SOCIALIZACIÓN DEL NIÑO NAZI

“El niño alemán ya es hoy un niño nazi y nada más. La escuela a la que va es una escuela nazi, la organización juvenil a la que pertenece es una organización nazi, las películas que le permiten ver son películas nazis y su vida pertenece sin reserva alguna al Estado nazi” (Mann, 1938, p. 85).

Así describía Erika Mann la vida de la infancia en el Tercer Reich. La niñez dejó de ser una etapa libre o protegida: el régimen supo dirigir todos sus esfuerzos hacia el control absoluto de los más pequeños.

Chaves Nogales afirmaba también, en *La conquista de la juventud*, que los niños alemanes “nacerían ya como conviniese” (Chaves Nogales, 1933, p. 65). Una vez implantadas todas las medidas comentadas en el apartado anterior, no cabe duda de que los niños concebidos serían, desde su origen, nazis. Infancia y juventud fueron, sin duda, los grupos más afectados, debido a su credulidad y escasa resistencia. Nacerían con la convicción de pertenecer a la mejor raza y de que no todas las personas son iguales ni, por tanto, merecedoras de los mismos derechos.

El Estado se encargaría de erradicar de sus mentes cualquier pensamiento que no fuese estrictamente nazi, y de enfocar su educación hacia una visión victimista pero útil: una Alemania empobrecida por culpa de los demás. El objetivo era formar niños que, una vez convertidos en adultos, impusieran estas convicciones y sintieran como deber vital liberar al país del yugo extranjero.

Todo esto no se quedaba solo en el plano político; el régimen logró también apoyarse en las ciencias y las artes, manipuladas cuidadosamente para transmitir el mensaje deseado. Se

instauró así una doctrina omnipresente, repetida sin cesar en las calles, en los hogares y en las aulas, hasta convertirse en una verdad incuestionable. Como decía Erika Mann,

“En la Alemania de Hitler se tiene buen cuidado de que la juventud viva de acuerdo con la voluntad del Führer y no tenga otro modelo que el del Führer. Las instancias que detentan el poder sobre ella son la escuela nazi y la organización juvenil nazi. Otra instancia, la familia, tiene, como todo lo privado en la Alemania de Hitler, una importancia secundaria” (Mann, 1938, p. 86).

La escuela y las organizaciones juveniles se convirtieron en los instrumentos principales para garantizar esta fidelidad incondicional, mientras que la familia quedaba relegada a un plano secundario, como todo lo privado bajo el régimen.

¿Y cómo conseguir algo así? ¿Cómo lograr que todo niño nacido en la Alemania nazi no fuera otra cosa que nazi? La clave estaba en que los nuevos ciudadanos solo conocerían ese mensaje. No tendrían intereses personales, ni habrían vivido en un mundo diferente, ni mucho menos mejor. Todo esto se sostenía a través de instituciones tan influyentes como las que ya hemos comentado.

De este modo, niños y adolescentes crecían rodeados de una atmósfera nazi que se intensificaba en cada paso que daban. Nada les llevaba a la reflexión: no conocían otra cosa fuera del nacionalsocialismo, que habitaba tanto su cabeza como su corazón. En palabras de Erika Mann en *Diez millones de niños. La educación de la juventud en el Tercer Reich*, “el niño va por las calles nazis como un niño nazi. Nada le llama la atención, nada es digno de mención o menos aún de crítica. Es la cotidianidad nazi” (Mann, 1938, p. 88).

A lo largo de este apartado, se analizarán las tres principales esferas de influencia, la familia, la escuela y las organizaciones juveniles, y sus consecuencias en la formación del

niño nazi. Gracias a esta combinación, el Tercer Reich logró crear un verdadero batallón de niños nazis.

4.1.FAMILIA

“Las instancias que detentan el poder sobre ella son la escuela nazi y la organización juvenil nazi. Otra instancia, la familia, tiene, como todo lo privado en la Alemania de Hitler, una importancia secundaria” (Mann, 1938, p. 86). Citábamos antes y recuperamos ahora a Erika Mann, para hablar sobre el papel secundario al que se relega a la familia en la Alemania Nacionalsocialista.

La familia, que siempre había sido y es actualmente considerada como el primer entorno de socialización de los niños, aunque ahora desde un punto de vista diferente y con una importancia menos, también debía ser intervenida por el régimen nacionalsocialista para poder lograr sus objetivos. Así pues, para formar al niño nazi, el Tercer Reich entendió que debía modificar la tradicional función educativa del hogar hacia los fines del Estado, transgrediendo la autoridad de los padres y situando al Führer como la verdadera figura referente. De esta manera, la familia dejó de ser el núcleo autónomo en el que se formaban valores, para convertirse en una célula subordinada a la ideología dominante.

La comunidad nacionalsocialista no tardó en comprender que el niño debía aprender a responder primero al Estado antes que a sus progenitores. Desde edades muy tempranas, los menores eran integrados en las estructuras de socialización como las Juventudes Hitlerianas, así como en el nuevo modelo educativo, donde comenzaban un proceso de adoctrinamiento que contradecía, y muchas veces anulaba, cualquier enseñanza transmitida desde el entorno familiar. Esto generó una brecha entre padres e hijos que debilitó profundamente los lazos afectivos y de confianza, sustituyéndolos por una lealtad vertical y absoluta al partido.

Siguiendo esta línea, los niños fueron educados como guardianes del ideario nazi. No solo se esperaba de ellos que repitieran consignas o participaran en actos oficiales, sino que también asumieran un rol activo en la vigilancia ideológica, tal y como ya hemos comentado anteriormente. En un sistema que se observaba a sí mismo, el hijo podía convertirse en delator del padre, la hermana en acusadora del hermano, y el hogar en un espacio de silencio y desconfianza.

Una anécdota recogida en *Los hijos de Hitler* ilustra esta realidad: Franz Erhart, un personaje de la película, se niega a permitir que un amigo entre a su casa con estas palabras: “Espera, es mejor que hablemos aquí. Es que hoy he recibido una visita... mis hijos han venido esta mañana. Son chicos estupendos, pero no podrán contar algo que no han oído”. A lo que añade: “Amigo mío, si piensas que el hecho de que no pueda hablar con libertad en mi casa es poco normal... ocurre en todas las casas, plazas y calles de Alemania” (*Los hijos de Hitler*, 2011).

En este nuevo orden, la “Casa Parda”, sede local del Partido y destino habitual de las denuncias, se convirtió en un espacio temido por los adultos y visitado de forma habitual por los menores adoctrinados. La amenaza de la delación era una realidad que aparecía en muchas casas, especialmente en aquellas que, en privado, cuestionaban al régimen o no mostraban el entusiasmo exigido.

José Ramón Díez Espinosa recoge en *La Comunidad Nacionalista, Escuela de Pequeños Héroes*, la siguiente retahíla, que también es capaz de ilustrar muy bien esta realidad:

“Ahí llegan ya los maestros,
que deben mostrarse diestros,
marcando muy bien el paso.

Cada alumno es un chivato

que viene a pasar el rato,

pero le hacen mucho caso.

Y luego ese niño tierno,

salido del mismo infierno,

lleva al esbirro a su hogar,

señala al progenitor

diciendo que es un traidor.

Y a la cárcel va a parar.” (Díez Espinosa, 2011, p. 30)

Lejos de ser un accidente, esta ruptura familiar era uno de los objetivos del proceso de formación del niño nazi. El conflicto entre los valores familiares y los del partido se resolvía siempre a favor de este último. Se impuso una lealtad nueva que no dejaba espacio para el afecto familiar si este suponía un obstáculo. Recuperando de nuevo las palabras de Erika Mann, “es la cotidianidad nazi” (Mann, 1938, p. 88).

Así pues, la familia quedó relegada a un segundo plano. El tiempo, la educación, la diversión e incluso la ética de los niños alemanes eran gestionados por el régimen. El hogar ya no era un refugio, sino un espacio vigilado en el que los padres temían hablar con libertad. El niño, por su parte, ya no pertenecía a su familia, sino al Führer. La infancia dejaba de ser un proceso íntimo y plural para convertirse en un proyecto colectivo del Estado.

4.2. ESCUELA Y SISTEMA EDUCATIVO

Adolf Hitler, conocedor de que la infancia era una presa fácil, puso todo su poder al servicio de su educación con la finalidad de convertirse en un modelo de referencia único cuya voluntad se cumpliera a toda costa. Así pues, convirtiéndoles en protagonistas de la sociedad y, bajo esa sensación de importancia, el Führer creó una generación obediente, repleta de hábiles ejecutores que fueron instruidos como si fuesen militares.

Él mismo lo admitía en sus discursos, tal y como recoge Guido Knopp en *Los niños de Hitler. Retrato de una generación manipulada*: “Esta juventud –anuncia Hitler en 1938 con un matiz ya casi sarcástico– no aprende otra cosa que pensar como alemán, actuar como alemán” (Knopp, 2001, p. 11).

¿Su propósito? Convertir al niño alemán en un niño nazi, fiel seguidor de los valores y principios del nacionalsocialismo, y garante del futuro que, según su ideología, Alemania merecía. Para lograrlo, se pusieron en marcha todas las medidas necesarias para que las escuelas pudieran transmitir ese mensaje de forma clara, directa y, sobre todo, profundamente interiorizada por el alumnado.

“Creer, obedecer y luchar” era el lema que acompañaba a los más pequeños desde el momento en que cruzaban la puerta de la escuela. Una escuela que había sido previamente transformada: los libros de texto y los planes de estudio se adaptaron al discurso nazi, y el cuerpo docente fue reestructurado para asegurar que los profesores estuvieran preparados, y comprometidos, con la tarea de adoctrinar.

Así, la escuela del Tercer Reich se apoyó en varios pilares fundamentales que guiaban al alumnado hacia la educación que todo niño nazi debía recibir. El primero de ellos: el culto a la figura de Hitler, presentado como el salvador que venía a liberar a Alemania de las

“mentiras” de la República de Weimar. Los alumnos aprendían que el Partido Nazi, aunque contrario al parlamentarismo, utilizó las elecciones para desmontar el sistema desde dentro y conducir al país hacia su “renacimiento”. El mensaje se ajustaba a cada edad, para que pudiera ser comprendido, aprendido y, finalmente, interiorizado.

Un claro ejemplo de esta estrategia de adoctrinamiento se puede observar en *Education for Death: The Making of the Nazi*, un cortometraje producido por Walt Disney en 1943. En él, se reinterpreta el cuento de La bella durmiente para representar a Alemania como una princesa enferma, oprimida por la democracia y debilitada por tratados como el de Versalles, simbolizados por una bruja malvada. Entra entonces Hitler, convertido en un príncipe heroico, que la rescata y restaura el orgullo nacional.

Con el tiempo, esa imagen idealizada de Hitler y de Alemania se convirtió en el único estímulo que recibían los niños, en su única verdad y, por tanto, en su única fe. Hitler pasaba a ser una figura a la que admirar, un modelo a seguir, casi una figura religiosa. Esta idea se reforzaba no solo con cuentos, sino también con rituales diarios. Tal y como recoge José Ramón Díez Espinosa en *La Comunidad Nacionalista, Escuela de Pequeños Héroes*, citando a Hofer, los alumnos repetían cada mañana la siguiente oración:

“Führer, mi Führer, tú que me has sido enviado por el Señor, protégeme y custódiame mientras viva. Tú has salvado a Alemania de la más profunda miseria. Te doy las gracias por mi pan de cada día. Permanece conmigo y siempre, no me abandones. Führer, mi Führer, mi fe y mi luz. ¡Heil, mi Führer!” (Hofer, 1968, citado en Díez Espinosa, 2011, p.22).

Otro pilar fundamental de la educación nacionalsocialista era la idea de superioridad racial. Desde edades tempranas, los niños eran instruidos para creer que Alemania estaba destinada a dominar el mundo, como dictaban, según el régimen, las leyes naturales. Se les enseñaba que su raza era superior y que conquistar y gobernar a otras era un deber legítimo.

De nuevo, *Education for Death* ofrece un ejemplo revelador. En una escena, el protagonista, Hans, observa cómo su maestro dibuja en la pizarra un conejo y un zorro. El zorro devora al conejo. Cuando el maestro pregunta qué ha ocurrido, Hans muestra compasión por el conejo. Se equivoca. El profesor lo corrige con dureza: “El mundo pertenece al más fuerte. El conejo es un cobarde y merece morir”. Al finalizar la clase, Hans ya ha aprendido la lección: debe convertirse en el zorro si quiere sobrevivir en la sociedad nazi. Ha empezado a odiar al conejo.

Estos aprendizajes evolucionaban con la edad. En los cursos superiores, el adoctrinamiento era aún más explícito, y los alumnos sabían exactamente qué debían pensar. En *Los Hijos de Hitler* (Dmytryk, 1943), película basada en el libro *Educación para la muerte. La formación de un Nazi* de Gregor Ziemer (1941), un profesor lo deja claro ante su clase:

“¿Hemos elegido gobernar? No, no lo hemos elegido. Es un derecho que tenemos. Nos pertenece ese honor como le corresponde al león gobernar en la selva por su fuerza, su valor y su herencia... Nos vengaremos de todos, nos vengaremos. Si somos buenos soldados cosecharemos la mejor recompensa posible.” (Disney, 1943)

Esta supuesta superioridad racial de la que venimos hablando se tradujo, inevitablemente, en la institucionalización del antisemitismo. Siendo uno de los pilares centrales del ideario del Tercer Reich, su presencia en la escuela no solo fue evidente, sino también una de las transformaciones más radicales que se impuso en el sistema educativo. El odio hacia los judíos se convirtió en una realidad tan normalizada que, tal y como señala Grunberger en el capítulo dedicado a la educación en *Historia del Tercer Reich*, “en 1931, los periódicos judíos publicaban listas de escuelas donde los niños estaban menos expuestos al

antisemitismo, a fin de que los padres pudieran trasladarlos a ellas”. (Grunberger, 2016, p. 303).

Nada más llegar al colegio, los alumnos se encontraban con un aviso que no dejaba lugar a dudas: “todos los judíos o medios judíos deben presentarse inmediatamente ante el director”. El niño nazi, adoctrinado y sin capacidad crítica, seguía su camino hasta el pupitre como si aquello formara parte de la rutina escolar, mientras sus compañeros judíos eran señalados, juzgados y expulsados de forma sistemática.

Entre las muchas medidas impuestas, destaca una especialmente simbólica: la entrega del árbol genealógico. Lo que hoy en día puede ser una actividad escolar inocente para conocer los orígenes familiares, en la Alemania nacionalsocialista tenía un propósito muy distinto. El árbol genealógico se utilizaba como herramienta para rastrear los orígenes raciales del alumnado, en una búsqueda obsesiva de cualquier “impureza” que pudiese delatar ascendencia judía. José Ramón Díez Espinosa recoge en *La Comunidad Nacionalista, Escuela de Pequeños Héroes*, el testimonio de una alumna que, años más tarde, recordaba así aquel momento recogido en *Historia de los jóvenes. II. Edad contemporánea*:

“...Después tuve que entregar también un árbol genealógico en la escuela. Nuestro director se presentó ante nosotros en uniforme del partido y declaró: os tengo que informar de que tenemos una judía en nuestra clase. Por tanto, ya no debéis jugar con ella, no debéis hacer los deberes con ella, no le debéis prestar ninguna atención hasta que se hayan tomado otras medidas. La chica desapareció después de unos pocos días. Nunca más la vimos.” (*Historia de los jóvenes. II. Edad contemporánea*, citado en Díez Espinosa, 2011, p.27).

El mensaje antisemita no solo se transmitía a través de directrices o normas internas, también estaba presente en los contenidos didácticos. Uno de los ejemplos más impactantes es el libro infantil *La seta venenosa* (*Der Giftpilz*), escrito por Ernst Hiemer y ampliamente distribuido en las escuelas alemanas. En él, se comparaba a los judíos con hongos venenosos: aparentemente inofensivos, pero peligrosos y letales. A través de cuentos y viñetas, los niños aprendían a desconfiar, rechazar y odiar. La lectura de este tipo de textos no era casual ni puntual, sino parte de una estrategia minuciosamente diseñada para cultivar el antisemitismo desde la infancia.



Figura 8

Libro infantil antisemita:
La seta venenosa (1938)

La escuela, lejos de ser un espacio de aprendizaje plural o ético, se convirtió en una herramienta de discriminación, exclusión y violencia simbólica. Desde la primera infancia, los niños crecían con la convicción de que la diferencia debía ser erradicada. Así se sembraron las bases de una sociedad que, cuando llegó el momento, no solo fue capaz de mirar hacia otro lado, sino también de participar activamente en la exclusión y el exterminio.

Todos esos valores e ideas que se iban transmitiendo de forma transversal también acabaron reflejándose en la transformación del currículum, en la replanificación asignaturas y en cómo se organizaba la jornada escolar. Con el Tercer Reich, todo eso cambió para adaptarse a lo que el régimen quería inculcar. Cada asignatura, cada contenido se adaptó al objetivo final: formar niños nazis.

Una de las materias que más protagonismo ganó fue la educación física. En 1936 ya se impartían tres sesiones semanales, y en 1938 pasaron a ser cinco, tal y como explica Grubenberger (2016) en el capítulo sobre educación en *Historia del Tercer Reich*. Esta asignatura no solo ganó peso en el horario, tener malas notas en ella podía incluso implicar la

expulsión del centro, y también contaba como prueba de acceso a etapas superiores de la educación.

El cuerpo debía estar tan preparado, o incluso más, que la mente para servir al Estado. Las clases ya no eran simples juegos o ejercicios: ahora se centraban en carreras campo a través, fútbol, boxeo... actividades pensadas para endurecer el cuerpo y preparar a futuros soldados que estuviesen dispuestos a obedecer, luchar y morir por Alemania.

Por otro lado, la asignatura de biología se vio sometida a grandes cambios que la convirtieron en la principal transmisora de los conceptos de raza y herencia. En ella, los niños nazis aprendían a medirse el cráneo con el fin de poder clasificarse en función de criterios raciales e identificar así a las personas no arias.

Sin embargo, la educación sexual era un tema que no se trataba de ningún modo en la materia, puesto que se había convertido en un tabú para la sociedad. El Tercer Reich, cuyas políticas animaban abiertamente a la descendencia, entendía que la educación sexual no era incumbencia ni de la escuela ni de las Juventudes Hitlerianas; en cambio, delegaba esa labor en el hogar, al que previamente había despojado de toda autoridad.

Las matemáticas, por su parte, se utilizaban para transmitir mensajes ideológicos a través de los enunciados de sus problemas, que contenían desde trayectorias de artillería hasta cálculos sobre los déficits económicos causados por personas consideradas inferiores. Tal y como recoge José Ramón Díez Espinosa en *La Comunidad Nacionalista, Escuela de Pequeños Héroes*:

“Para la edificación de un manicomio se necesitaban 6 millones de marcos. Una casa residencial cuesta 1500 marcos. ¿Cuántas casas residenciales se hubieran podido construir con la cantidad empleada en la construcción del manicomio?” (Díez Espinosa, 2011, p.25).

O, como se muestra en una escena de la derecha del cortometraje *Perdona nuestras ofensas* (2022), de Ashley Eakin:

“Si una familia alemana necesita 5,50 Reichsmark al día para vivir y el costo de alimentar y cuidar a alguien con una enfermedad hereditaria es de 12 Reichsmark por día, ¿cuál es la diferencia de valor que pierde el pueblo alemán?” (Eakin, 2022)



Figura 9

Escena de *Perdona nuestras ofensas* (2022)

Todo ello se refuerza, además, con nuevo material de lectura que respalda el mensaje transmitido en las distintas asignaturas. Según la visión del Tercer Reich, los niños ya no debían ser “mimados” con cuentos tradicionales, sino iniciados en la lectura de relatos épicos centrados en la Primera Guerra Mundial y de las Juventudes Hitlerianas.

Un ejemplo cinematográfico de este tipo de representación lo encontramos en *El niño con*



Figura 10

Escena de *El niño con el pijama de rayas* (2008)

el pijama de rayas, película dirigida por Mark Herman (2008), donde aparece la siguiente escena, cuyo diálogo transcribimos a continuación:

- “¿Tú has leído algún periódico?

¿Alguna vez has leído algo?”

- “Libros de aventuras, de caballeros que exploran tierras lejanas y princesas.”

- “Pues eso es lo que me corresponde cambiar. ¿Cuántos años tienes? ¿Ocho? Ya es el momento de cambiar los cuentos y de que aprendas sobre la realidad. El momento de que medites sobre el mundo real. Y me parece que este será el comienzo perfecto”. (Herman, 2008)

Otro ejemplo de la literatura dirigida a la juventud nazi lo recoge Grunberger en *Historia del Tercer Reich*, donde presenta un fragmento extraído del libro *La batalla de Tannenberg*, una obra destinada a niños de catorce años:

“Un soldado ruso intentó impedir el paso al infiltrado, pero la bayoneta de Otto se hundió, con un crujido, entre las costillas del ruso y éste se desplomó gimiendo. Allí estaba ante él, simple y luminoso, el objeto de sus sueños, la Cruz de Hierro” (*La batalla de Tannenberg*, citado en Grunberger, 2016, p. 306).

Ya en último lugar, cabe destacar el papel secundario al que se vieron relegadas las clases de religión en la escuela, cuyo horario fue progresivamente reducido e incluso completamente suprimido para los mayores de catorce años durante la guerra. El Partido consiguió restarle importancia a esta asignatura mediante una intensa campaña de propaganda, y, para compensar su desaparición, propuso una alternativa al catecismo tradicional: el *Kampfzeit* (período de lucha), un nuevo “credo” basado en los principios del nacionalsocialismo.

Podríamos decir entonces que el sistema educativo del Tercer Reich fue completamente reformulado para servir a los intereses ideológicos del régimen. Cada asignatura fue reconfigurada con el único objetivo de modelar una infancia obediente, fanatizada y preparada para servir, sin cuestionamientos, a los fines del Estado nazi.

Todos estos cambios en el currículo no habrían sido posibles sin las pertinentes modificaciones en el profesorado, encargado de transmitir todos los valores que ya hemos comentado. Sin embargo, tal y como señala Grunberger, no fueron necesarios tantos ajustes como podría pensarse, ya que los docentes eran uno de los sectores en los que más podían confiar políticamente las autoridades. Con más del 97 % del profesorado afiliado a la Unión Nacionalista de Profesores y alrededor del 30 % perteneciente al Partido, el régimen podía

prescindir de una vigilancia constante en las aulas, puesto que el dogma se transmitiría con total seguridad.

Además, en 1938, dos terceras partes del profesorado habían asistido a campamentos donde recibían formación obligatoria para su adiestramiento ideológico. Allí eran instruidos mediante disciplina militar y diversas conferencias que marcaban con claridad cómo debía ser su práctica docente. Este proceso, sumado a cambios menores en las plantillas, aseguraba la fidelidad al mensaje oficial.

Paralelamente, mientras el pensamiento nazi promovía un amor propio exaltado en ciertos sectores sociales bajo la consigna “pensamos con la sangre”, se reducía considerablemente la consideración hacia los docentes, cuya profesión sufrió una clara degradación. Por un lado, como ya sucedía en el ámbito familiar, los jóvenes debían tener siempre la razón, lo que debilitaba la autoridad del profesorado en el aula. Asimismo, “la denuncia constituía también un riesgo profesional constante para los profesores”, quienes se veían amenazados por posibles represalias por suspender a estudiantes o incluso por señalar plagios.

Esta pérdida de prestigio se acentuaba por otros factores. Muchos docentes, especialmente en zonas rurales, se vieron obligados a asumir tareas adicionales como las de bibliotecarios o administrativos. Esto llevó a que muchos buscaran mejores condiciones y reconocimiento en otras ramas superiores de la profesión.

Como consecuencia, el número de profesores disminuyó notablemente, siendo en 1939 inferior en 17.000 al registrado durante la República de Weimar. Esta reducción provocó un aumento significativo en la ratio de alumnos por clase, que llegó a alcanzar los 45 estudiantes por aula en ese mismo año.

Todo esto se tradujo en un claro deterioro del sistema educativo. Tal y como señala Grunberger en *Historia del Tercer Reich*, “en 1940, el SD informó de un descenso general en el nivel de los alumnos, especialmente en las escuelas elementales y profesionales”. Al mismo tiempo, descendía también el nivel de escolarización, especialmente en las etapas más altas del sistema.

Mientras el sistema educativo general se deterioraba, el régimen concentró recursos en la creación de centros exclusivos para formar a los futuros líderes del Reich: las escuelas de élite. A continuación comentaremos brevemente las Napola, las escuelas Adolf Hitler y los Castillos de la Orden.

Por un lado, las Napola, que comenzaban a los 10-11 años, eran instituciones que se caracterizaban por una fuerte disciplina militar y física, mezclando la formación académica con el adoctrinamiento ideológico y el entrenamiento corporal. Su finalidad real era crear los cuadros dirigentes del futuro.

Mientras que eran los padres quienes solicitaban el ingreso en las Napola, en el caso de las escuelas Adolf Hitler eran las propias instituciones las que seleccionaban a ciertos alumnos, previamente preseleccionados por las Juventudes Hitlerianas, lo que las convertía en centros aún más exclusivos. Con una marcada tendencia antiintelectual y un énfasis absoluto en la lealtad al Führer, el destino final de estos jóvenes eran los Ordensburgen. Estos centros, los Castillos de la Orden, funcionaban como espacios de formación superior para jóvenes de alrededor de 25 años, donde la disciplina era el eje central de todo el proceso formativo.

Sin embargo, a pesar del fracaso escolar general y de la baja competencia académica de la mayoría de los niños nazis, el Tercer Reich había conseguido su objetivo: formar soldados obedientes, desprovistos de pensamiento crítico, preparados para servir al Führer con lealtad absoluta y sin cuestionamientos.

Pero esa generación aún vive. “Los regalos del Führer”, aquellos que solo aprendieron a ser nazis, tuvieron que ser mucho más que eso cuando terminó la Segunda Guerra Mundial. Y no fue fácil. No conocían un pasado que no estuviera marcado por el nacionalsocialismo. Como afirma Guido Knopp en *Los niños de Hitler. Retrato de una generación manipulada*, concluyo:

“No conocían otra cosa que el nacionalsocialismo y la guerra. El nacionalsocialismo les había educado para la guerra. Y ambos habían terminado en 1945.” (Knopp, 2001, p. 17-18).

4.3. ORGANIZACIONES JUVENILES

Uno de los pilares fundamentales en la construcción del niño nazi, y que complementaba los ya analizados, fueron las organizaciones juveniles a partir de las cuales el Tercer Reich consiguió responsabilizarse absolutamente del tiempo libre de los niños. Estas agrupaciones absorbían desde muy temprano a los menores y se encargaban de moldearlos en todos los aspectos: físico, emocional, ideológico y militar.

Tal y como afirma Guido Knopp en *Los niños de Hitler. Retrato de una generación manipulada*, “Con frecuencia, ésta empezaba, según parece, de una manera inofensiva. Cualquier persona joven que quisiera divertirse en el Reich de Hitler, encontraba en las HJ una atractiva oferta de ocio” (Knopp, 2011, p. 13). Así pues, estas organizaciones ofrecían actividades llamativas como campamentos, excursiones o canciones alrededor del fuego. Eran muchos los niños que las veían simplemente como una oportunidad de pasárselo bien.

Citando también a Knopp, que recoge una experiencia de un antiguo niño de Hitler,

“Teníamos que pasar bastante frío y calor, teníamos que mojarnos en la tienda. Pero vivíamos la experiencia del grupo, los viajes, los esfuerzos. Por la noche estábamos todos sentados alrededor del fuego. Y entonces cantábamos juntos. La oscuridad y el cielo

estrellado encima nuestro. Es una sensación emocionante que no se olvida” (Knopp, 2011, p. 13).

Sin embargo, el objetivo real era otro. Se trataba de una red bien diseñada para asegurar que el niño siguiese creciendo dentro del ideal nazi, sin apenas espacio para influencias externas. Himnos, símbolos, juramentos a Hitler, uniformes e incluso puñales formaban parte de un ritual que generaba una fuerte identidad y un sentido de pertenencia que no conseguía ofrecer ni la familia, ni la escuela, ni la Iglesia.

A medida que el régimen se consolidaba, la organización fue dejando de ser voluntaria. A finales de 1932, los miembros de las HJ apenas superaban los 100.000. Dos años más tarde, con Hitler ya en el poder, esa cifra se multiplicó por treinta y cinco. En 1936, la pertenencia pasó a ser obligatoria y al comenzar la Segunda Guerra Mundial, prácticamente todos los jóvenes alemanes entre los 10 y los 18 años eran miembros. Así pues, estas agrupaciones pasaron a ser de carácter obligatorio y monopolístico: ningún menor podía quedar fuera de ellas, lo que garantizaba que todos los jóvenes crecieran bajo la tutela ideológica del Estado.

La estructura era escalonada y pretendía dar respuesta al tiempo libre de los niños y niñas de todas las edades consideradas ya aptas para este tipo de actividades. Es decir, el ingreso en estas organizaciones se estructuraba por edades y por género, siguiendo un recorrido jerárquico y simbólico. A continuación, realizaremos un breve paso por todos los niveles en lo que las organizaciones juveniles se dividían, tanto para hombre como para mujeres.

Todo comenzaba el 19 de abril, víspera del cumpleaños del Führer, cuando tenía lugar el juramento de los nuevos miembros de las Juventudes Hitlerianas:

*“Solemnemente, prometo al Führer Adolf Hitler servir fiel y desinteresadamente a las
Juventudes Hitlerianas.*

Prometo intervenir siempre a favor de la unidad y la camaradería de la juventud alemana.

Prometo obediencia al líder de la Juventud del Reich y a todos los líderes de las HJ.

Juro por Dios, junto a nuestra bandera, que siempre trataré de hacerme digno de ella.”

(Knopp, 2011, p. 139).

El día siguiente, 20 de abril, era una de las fechas más señaladas en el calendario nazi donde existía una exaltación total a la figura de Hitler. Las calles, las escuelas y las organizaciones se llenaban de banderas, desfiles y actos conmemorativos, creando el escenario perfecto para el primer acto oficial de aquellos nuevos integrantes formales del movimiento y reforzando así la adhesión y compromiso con el Régimen. Este utilizaba el momento para unir ideológicamente a la juventud con la figura de Hitler, haciendo coincidir el inicio de su "servicio" con la glorificación del líder, como si la vida de cada joven nazi comenzara verdaderamente el día en que celebraba el nacimiento del Führer.

Previo a este acto, donde juraban fidelidad al Führer y al Régimen, estos niños debían haber pasado por la primera etapa de las Organizaciones Juveniles: Los *Pimpf*, niños entre 6 y 10 años, considerados demasiado pequeños para entrar en *Jungvolk*, pero lo suficientemente mayores para comenzar el adoctrinamiento. Así pues, el cometido principal de esta organización era introducir y habituar a los niños al pensamiento nacionalsocialista fomentando una lealtad temprana a Hitler, el amor por Alemania y el rechazo al enemigo. Para ello, realizaban juegos al aire libre y excursiones, marchas, cantos patrióticos o ejercicios físicos básicos, lectura de cuentos con alta carga nacionalista y antisemita o celebraciones propias del calendario nazi.

Al cumplir los 10 años y realizar ese juramento que les permitía la entrada en el movimiento nazi, ingresaban en las *Jungvolk*, donde permanecían hasta los 14. Aunque en apariencia, se trataba de una especie de grupo scout con uniformes, juegos, excursiones y

campamentos, el objetivo principal de estas era desarrollar el sentido de pertenencia al *Volk* (pueblo) y al Partido, afianzando lo comenzado en el nivel anterior. Aquí comenzaban a realizar juegos pseudo- bélicos, recoger basura o memorizar la “canción de *Horst Wessel*” y dogmas del partido.

Posteriormente, pasaban a las Juventudes Hitlerianas propiamente dichas (14-18 años), donde el tono era más duro y se intensificaba el entrenamiento militar. En relación con lo anterior, Grunberger comenta en su capítulo dedicado a la juventud de *Historia social del Tercer Reich*, que

“Todos ellos (refiriéndose a los miembros de las Juventudes Hitlerianas) eran veteranos de la Jungvolk, y los cuatro años de esforzada asistencia, instrucción y actividades bastante monótonas habían desgastado su entusiasmo inicial, por lo que el tono era más rudo...” (Grunberger, 2016, p. 295).

Así pues, las actividades principales que se llevaban a cabo en esta última etapa de las organizaciones juveniles masculinas eran las siguientes: un exigente entrenamiento físico (boxeo, carreras campo a través...), prácticas paramilitares centradas en el manejo de armas e instrucción en técnicas básicas, clases ideológicas, participación en desfiles, tareas de vigilancia, ayuda a la Gestapo...

Como señala Ziemer (1939), las Juventudes Hitlerianas no eran simples campamentos de verano, sino más bien cuarteles disfrazados de ocio, con canciones y fogatas como envoltorio de una formación marcadamente militar y política. La meta era clara: crear soldados obedientes y fanatizados, listos para defender al Reich sin cuestionamientos.

Por otro lado, las niñas sufrían un proceso parecido puesto que, con 10 años, ingresaban en el *Jungmädel*, la organización equivalente al *Jungvolk*. La apariencia de estas era más suave

pero la realidad es que también tenía una gran carga ideológica. Para ello, realizaban juegos y manualidades con base nacionalsocialista, ejercicio físico moderado, formación e valores como obediencia o amor al Führer o actividades comunitarias. Pero la clave era que, desde esta primera etapa se les enseñaba que su rol era ser útiles al pueblo como futuras madres y cuidadoras, y que debían prepararse física y espiritualmente para ello.

Al cumplir los 14 años, las niñas pasaban a la Unión de Jóvenes Alemanas (BDM), una organización orientada a afianzar lo comenzado en la *Jungmädel* y formar mujeres ideales para el Reich: fuertes, puras, leales y listas para la maternidad. Actividades como ayudas en hospitales o escuela, formación en crianza de niños o charlas sobre moral, maternidad y pureza racial, inundaban el día a día de estas chicas.

Como explica Grunberger (2016), no se las preparaba para ser ciudadanas críticas, sino madres de soldados y guardianas de la sangre alemana. Algunas eran incluso reclutadas para programas como el Lebensborn, donde podían ser madres sin necesidad de matrimonio si eran racialmente puras. Además, “el tipo ideal femenino propuesto por la Unión de Jóvenes Alemanas recogía los principios del siglo diecinueve sobre lo que constituía la esencia de la doncella” (Grunberger, 2016, p. 296).

Una vez explicada esta estructura general de las Organizaciones Juveniles, cabe destacar que uno de los puntos clave era el colectivismo, siendo este común para todas ellas. Se premiaba la obediencia al grupo, no al individuo. Todo se hacía por y para el colectivo: las colectas de Ayuda Invernal no se contabilizaban por persona sino por equipo, y hasta los bocadillos se repartían de forma igualitaria. Esta lógica también se trasladaba al deporte, donde se despreciaba al que no supiera subordinarse. La idea era clara: tal y como exponía su lema, “la juventud guía a la juventud”, y dentro de esa juventud, lo que importaba era el grupo por encima del yo.

Sin embargo, en muchas ocasiones, el ideal de comunidad no terminaba de trasladarse a la realidad de las organizaciones juveniles. Los grupos más desfavorecidos, obligados a formar parte de estas y, por tanto, a gestionar económicamente los uniformes obligatorios o las repetidas salidas o campamentos, se veían ante difíciles problemas al respecto. Así pues, la homogeneidad era tal que incluso niños de familias de clase baja o de padres reticentes acababan dentro por presión social o legal.

Por otro lado, comentar también que, durante la guerra, el papel de las Juventudes Hitlerianas fue mucho más allá de lo simbólico. Más de 700.000 miembros fueron entrenados con fuego real y participaron como brigadas auxiliares en zonas bajo ataque. Además, se calcula que el sistema movilizó a nueve millones de jóvenes como mano de obra barata. La frase que mejor resume esta parte es la que más se repetía entre ellos: “hemos nacido para morir por Alemania”

En relación con el punto anterior, cabe destacar que el conflicto con la escuela no tardó en aparecer. Los jóvenes preferían las actividades de las HJ al aula tradicional, lo que generó tensiones. El programa nazi intentó solucionar esto declarando en 1934 el “Año de la enseñanza” e incluso en 1939 se permitió que las escuelas pidieran exenciones para los alumnos con más carga académica. Aun así, “todos ellos coincidían en que la escuela no tenía tanta importancia como sus actividades en la Juventud Hitleriana” (Ziemer, 1939, p. 160)

En definitiva, estas organizaciones no solo ocupaban el tiempo libre del niño nazi, sino que también reemplazaban los espacios donde antes se aprendía y se recibía afecto, como la familia, la escuela o la iglesia. Poco a poco, todo eso fue perdiendo importancia frente a algo mucho más grande y estructurado: una red que marcaba cada etapa de su crecimiento. Les educaban para obedecer, para formar parte de un grupo por encima de todo, y para asumir que su papel en la vida era servir a la comunidad del pueblo. Para muchos jóvenes, las

Juventudes Hitlerianas no eran una imposición, eran su realidad diaria, lo que les daba identidad y seguridad. Lo que empezó como un juego acabó siendo una forma de vida completamente controlada, donde el niño ya no se pertenece a sí mismo, sino al Estado.

5. CONCLUSIONES

Este trabajo de fin de grado ha permitido comprobar que el niño en la Alemania nacionalsocialista no fue un simple elemento más dentro de un entramado de acontecimientos, sino uno de los ejes centrales, una pieza clave sobre la que se sostenía la ideología y, por tanto, la práctica nazi.

El Régimen nazi comprendió, desde el inicio de su poder, que su futuro y permanencia estaban íntimamente relacionados con la adhesión y compromiso de las nuevas generaciones y para ello, era necesario moldear a cada individuo, antes incluso de su nacimiento.

En este sentido, no es exagerado afirmar que el niño nazi fue diseñado, no nacido. El Tercer Reich no solo influía en la intimidad de la sociedad desde el control de su educación, familia o tiempo libre, sino que se encargó de determinar aquellas vidas que debían ser vividas frente a las tenían que ser eliminadas por no alinearse con los valores del Régimen. De este modo, las políticas natalistas y antinatalistas intervenían, desde una perspectiva biológica, genética, al pueblo alemán, convirtiendo el país en un campo de batalla donde el Estado decidía el futuro de cada ser humano.

Una vez el nazi ya era niño, es decir, una vez nacidos esos niños cuya infancia iba a ser objeto de completo adoctrinamiento y cuyo futuro pretendía ser el nacionalsocialismo, y nada más que eso, se les moldeaba por medio de tres elementos: familia, escuela y organizaciones juveniles. La primera, donde el control ejercido por el Estado no podía ser tan directo, fue relegada a un segundo plano y sobrepasada en importancia por las otras dos instancias. Estas últimas fueron cuidadosamente modificadas con la finalidad de promover la obediencia ciega al Führer y la anulación del pensamiento crítico. Las organizaciones juveniles se encargaban de completar y complementar la labor educativa, ocupando los tiempos de ocio y eliminando

cualquier opción de recibir estímulos no nazis, asegurándose de que no existiera margen alguno para la duda, la disidencia o la diferencia.

Cierto es que en Alemania ya existían vidas que, según el nacionalsocialismo, no merecían ser vividas, no encajaban en los cánones de aquella perfecta nación. Este trabajo busca también dar voz, aunque de mera forma simbólica, a todas aquellas personas que no fueron consideradas como tales en el Tercer Reich. Para todos ellos, dentro de los cuales destacamos a los niños por la naturaleza de este TFG, no había escuela, juego, ni futuro. Estas personas fueron consideradas amenazas a eliminar y recordarlos en estas páginas pretende ser un atisbo de dignidad y justicia.

En definitiva, este trabajo busca ser también una reflexión sobre los límites de la educación. Cuando la educación se pone al servicio de la ideología, cuando se utiliza como herramienta de control y sometimiento, se convierte en un arma peligrosísima. Por eso, más allá del análisis histórico, este tema nos obliga a mirar el presente. ¿Qué tipo de educación promovemos hoy? ¿Qué valores transmitimos? ¿Qué modelo de infancia estamos construyendo en nuestras aulas?

Somos los próximos docentes y en nuestras manos va a estar el futuro del país. Seremos los encargados de asentar las principales bases del aprendizaje y de guiar a nuestro alumnado en la creación de su identidad. Por ello, este trabajo pretende llevar al lector a la reflexión sobre su práctica docente, pretende que se replantee aquellos cimientos que parecen estar claros desde una actitud crítica y no tenga miedo a cambiar lo que considere necesario para conseguir el íntegro desarrollo de los niños y niñas que están en sus manos.

La infancia es un terreno delicado, vulnerable, pero también inmensamente potente. Por eso mismo, necesita ser protegida no solo con cuidados y afecto, sino también con memoria, con conciencia crítica y con un compromiso firme con los derechos humanos. Este TFG no

ha pretendido solo analizar el pasado, sino lanzar una advertencia sobre los peligros del presente. Porque educar, ayer, hoy y siempre, es también un acto político. Y de cómo lo hagamos depende, en gran medida, el mundo que decidamos construir.

6. BIBLIOGRAFÍA

A. Malraux, *Días de desprecio* (1935). Cruz y Raya. Madrid, 1936, pp. 47-48.

Chaves Nogales, M. (2012). *La conquista de la juventud* (pp. 65–73). En *Bajo el signo de la esvástica: Cómo se vive en los países de régimen fascista*. Córdoba, España: Almuzara.

Deutsches Historisches Museum. (s.f.). *Lebendiges Museum Online (LeMO)*.

<https://www.dhm.de/lemo/>

Díez Espinosa, J.R. (2002). *El laberinto alemán. Democracias y Dictaduras (1918-2000)* (pp. 69-121). Valladolid. Secretario de Publicaciones e Intercambio Editorial, Universidad de Valladolid.

Díez Espinosa, J. R. (2007). Sociedad de masas e integración política en la Alemania de entreguerras. *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, (27), 16-18

Díez Espinosa, J.R. (2009). Madre. “Mujeres alemanas... ¿madres alemanas?” *Ubi Sunt?* Revista de historia, (24), pp. 19-23.

Díez Espinosa, J.R. (2011). “La Comunidad Nacionalista, Escuela de Pequeños Héroes”, en *Héroes y villanos en la Historia* (pp. 15-35). Cádiz. Ubi Sunt.

Dmytryk, E., & Reis, I. (Dirs.). (1943). *Los hijos de Hitler* [Película]. RKO Radio Pictures.

Eakin, A. (Directora). (2022). *Perdona nuestras ofensas* [Cortometraje]. Netflix.

Götz, Aly (2014), *Los que sobran. Historia de la eutanasia social en la Alemania nazi 1939-1945*. Crítica, Barcelona.

Grunberger, R. (2016). *Historia social del Tercer Reich*. Barcelona. Ariel.

Herman, M. (Director). (2008). *El niño con el pijama de rayas* [Película]. Miramax Films.

Kater, M. (2016). *Las Juventudes Hitlerianas*. Madrid. Kailas.

Knopp, G. (2001). *Los niños de Hitler: retrato de una generación manipulada*. Barcelona. Salvat.

Mann, Erika (1938), *Diez millones de niños: el niño en el Tercer Reich*.

S. Haffner. *Historia de un alemán: Memorias 1914-1933*. Destino. Barcelona, 2001.

Schweizer, A. (Director). (2022). *Perdona nuestras ofensas* [Cortometraje]. Netflix.

Universidad de Valladolid. (2022). *Competencias del Grado en Educación Infantil*.
Facultad de Educación y Trabajo Social.

Walt Disney Productions. (1943). *Education for death: The making of the Nazi*
[Cortometraje]. Walt Disney Productions.

Ziemer, Gregor (1939): *Educación para la muerte* (1939). Mexico, 1942